

U N A S E S I N A T O

A N T O N P . C H E J O V

I

En la estación de Progónnais se estaban celebrando las vísperas. Ante la gran imagen pintada con vivos colores sobre fondo de oro, se agrupaban los empleados de ferrocarriles con sus mujeres e hijos, y también los leñadores y aserradores que trabajaban en las inmediaciones, a lo largo de la línea. Todos se mantenían en silencio, fascinados por el brillo de las luces y los aullidos de la nevasca que, cuando nadie la esperaba, se había desatado a pesar de estar ya en vísperas de la Anunciación. Oficiaba el viejo sacerdote de Vedeniápino y el canto corría a cargo del salmista y de Matvei Teréjov.

La cara de Matvei resplandecía de felicidad; alargaba el cuello como si quisiera salir volando. Cantaba con voz de tenor y recitaba con el mismo timbre, poniendo en ello un dulce vigor. Al llegar a

«La voz del Arcángel», empezó a agitar la mano como un director de orquesta y, procurando ajustarse al sordo bajo del sacristán, dejó oír una complicada floritura. Veíase que esto le producía gran satisfacción.

Terminadas las vísperas, todos se dispersaron tranquilamente. Volvieron la oscuridad, el vacío y el silencio que sólo se observa en las estaciones de ferrocarril levantadas en pleno campo o en el bosque cuando el viento silba y no se oye nada más, cuando se siente todo el vacío que reina alrededor, toda la angustia de la vida que transcurre pausadamente.

Matvei vivía no lejos de la estación, en la posada de un primo suyo. Pero no sentía deseos de volver a casa. Se había quedado con el cantinero, detrás del mostrador, y contaba a media voz :

-En la fábrica de azulejos teníamos nuestro coro. Y he de decirle que, aunque lo componíamos simples obreros, cantábamos de veras, magníficamente. A menudo nos hacían ir a la ciudad, y cuando el vicario Ioann celebraba en la iglesia de la Trinidad, el coro de la diócesis cantaba a la derecha y nosotros a la izquierda. De lo único que en la ciudad se quejaban era de que dilatábamos mucho el canto, que aquello se prolongaba demasiado. Bien

es verdad que empezábamos a las siete el himno de San Andrés y el Hosanna, y terminábamos pasadas las once; así que, cuando llegábamos a la fábrica, eran ya más de las doce. ¡Qué bien se pasaba allí! - suspiró Matvei-. Lo que se dice muy bien, Serguei Nikanórich. En cambio, aquí, en la casa familiar, no hay la menor alegría. La iglesia más próxima está a cinco verstas, y con mi mala salud me resulta imposible llegar hasta ella. No hay cantores. En nuestra familia no se conoce la tranquilidad: todo es ruido, blasfemias y suciedad. Comemos todos de la misma cazuela, como los mujiks, y en la sopa aparecen cucarachas... Dios no me concede la salud, y, a no ser por esto, ya me habría marchado hace tiempo, Serguei Nikanórich.

Matvei Teréjov no era viejo, no pasaba de los cuarenta y cinco, pero su expresión era enfermiza, su cara estaba llena de arrugas y su barbita, rala y transparente, era ya blanca, lo que le hacía aparentar muchos más años. Hablaba con voz débil, como poniendo cuidado, y al toser se llevaba las manos al echo; en aquellos momentos su mirada se hacía inquieta, como en las personas muy aprensivas. Nunca decía fijamente qué era lo que le dolía, pero le agradaba contar con gran lujo de detalles cómo en

una ocasión, al levantar un pesado cajón, había sentido un profundo dolor y se le había formado una hernia, obligándole a abandonar el trabajo en la fábrica de azulejos y volver a sus lares. Pero no podía explicar lo que era una hernia.

-A decir verdad, no quiero a mi primo - prosiguió, sirviéndose un vaso de té-. Es mayor que yo, y parece pecado criticarlo; temo a Dios nuestro Señor, pero no lo puedo aguantar. Es un hombre orgulloso, muy serio, mal hablado, tortura a sus familiares y criados y no frecuenta la iglesia. El domingo pasado le pedí cariñosamente: «Primo, vayamos a la misa de Pajómovo.» Y él replicó: «No quiero; el pope de Pajómovo juega a las cartas.» Y tampoco ha venido hoy aquí, porque dice que el sacerdote de Vedeniápino fuma y bebe. ¡No es amigo del clero! El mismo dice en su casa la misa, los maitines y las vísperas, y su hermana le sirve de sacristán. El empieza el Oremus y ella sigue con una voz muy fina, como una pava: «¡Señor, ten piedad de nosotros! ...» Un verdadero pecado. Todos los días le digo: «Date cuenta de lo que haces, primo. Arrepiéntete», pero no me hace caso.

Serguei Nikanórich, el cantinero, llenó cinco vasos de té y los llevó en una bandeja a la sala de espe-

ra de señoras. Apenas había entrado cuando se oyó un grito:

-¿Qué maneras son éstas, hocico de cerdo? ¡Ni siquiera sabes servir!

Era la voz del jefe de estación. Siguió un tímido balbuceo y luego se levantó otro grito, malhumorado y duro:

-¡Largo de aquí!

El cantinero volvió todo turbado.

-En tiempos dejaba complacidos a condes y príncipes -murmuró-. Y ahora dice que no sé servir el té... ¡Me ha reñido en presencia del sacerdote y de las señoras!

Serguei Nikanórich había tenido en otros tiempos mucho dinero y había sido dueño de la cantina de una estación de primer orden, en una capital de provincia donde se cruzaban dos vías férreas. Entonces usaba frac y reloj de oro. Pero las cosas empezaron a irle mal, invirtió todos sus recursos en un lujoso servicio, los criados le robaban y, de mal en peor, pasó a otra estación menos importante. Allí se le escapó la mujer, llevándose toda la plata, y él descendió a una tercera estación de menos categoría, en la que ya no se servían platos calientes. Luego a una cuarta. Cambiando a menudo y bajando cada vez

más, llegó a Progónnaia, donde sólo se vendían té, vodka barato y, como aperitivos, huevos duros y un embutido al que no se le podía meter el diente, que olía a brea y que él mismo, en son de burla, llamaba «embutido musical». Estaba completamente calvo, sus ojos eran azules y saltones, y lucía unas espesas y rizadas patillas que se peinaba a menudo, mirándose en un espejito. Los recuerdos del pasado le atormentaban sin cesar; le era imposible acostumbrarse al «embutido musical», a las groserías del jefe de estación y a los mujiks, que regateaban en el precio, siendo así que, según él, regatear en la cantina era tan indecoroso, como en una farmacia. Sentía el bochorno de su pobreza y humillación, y este bochorno era ahora lo principal en su vida.

-La primavera viene este año con retraso - dijo Matvel, prestando atención al silbido del viento-. Y es preferible. No me gusta la primavera. Hay mucho barro, Serguei Nikanórich. En los libros escriben que al llegar la primavera cantan los pájaros y calienta el sol. ¿Qué tiene eso de agradable? El pájaro no es más que un pájaro. A mí me agrada la buena sociedad; oír hablar a la gente, conversar sobre cuestiones religiosas o cantar a coro algo hermoso,

pero los ruiseñores y las flores, ¡que se vayan con Dios!

Empezó de nuevo a hablar de la fábrica y del coro, pero el ofendido Serguei Nikanórich no acababa de calmarse, ni encoger los hombros y gruñir. Matvei se despidió y encaminó a su casa.

No helaba, y ya goteaba de los tejados, pero la nieve caía en grandes copos que se arremolinaban en el aire, y sus blancas nubes se perseguían por la vía del ferrocarril. El robledal, que se extendía a ambos lados de los carriles, apenas iluminado por la luna, y se escondía en lo alto, tras las nubes, dejaba oír un zumbido áspero y prolongado. ¡Los árboles infunden miedo cuando un fuerte vendaval los azota! Matvei caminaba por la carretera, a lo largo de la línea, protegiéndose la cara y las manos, empujado por el viento. De pronto apareció un caballero cubierto de nieve, un trineo rechinó por las desnudas piedras de la carretera y un mujik, con la cabeza envuelta y todo él blanco, también hizo resallar el látigo. Cuando Matvei se volvió para mirar, ya habían desaparecido el trineo y el mujik, como si todo hubiese sido una visión, y apretó el paso sintiendo un vago miedo.

Llegó al paso a nivel y a la oscura caseta del guarda. La barrera estaba levantada. junto a ella se habían formado verdaderas montañas de nieve y los copos giraban como las brujas en la noche del sábado. En aquel punto cruzaba la línea un viejo camino, importante en otros tiempos, al que todavía se le daba el nombre de calzada. A la derecha, cerca del paso a nivel y al borde mismo de la carretera, estaba la taberna de Teréjov, que antes había sido posada. Allí, por las noches, siempre lucía una luz.

Cuando Matvei llegó, en todas las habitaciones, incluso en el zaguán, había un intenso olor a incienso. Su primo Yákov Ivánich seguía oficiando las vísperas. En un rincón del oratorio donde la ceremonia tenía lugar, había una urna con viejas imágenes heredadas de los abuelos, en marcos sobredorados; a ambos lados, derecha e izquierda, había imágenes antiguas y modernas, en urnas o sin ellas. Sobre la mesa, cubierta con un tapete que llegaba hasta el suelo, había una imagen de la Anunciación, una cruz de ciprés y un incensario. Ardían las velas de cera. junto a la mesa había un atril. Al pasar junto al oratorio, Matvei se detuvo y asomó la cabeza. Yákov Ivánich estaba leyendo junto al atril. Le acompañaba en las oraciones su hermana Aglaia,

una vieja alta y flaca, vestida de azul y con un pañuelo blanco en la cabeza. Estaba también Dashutka, la hija de Yákov Ivánich, una moza de dieciocho años, fea y pecosa, que siempre iba descalza y con el mismo vestido que llevaba cuando, por la tarde, abrevaba los animales.

-¡Gloria a ti, que nos mostraste la luz! -entonó Yákov Ivánich con voz cantarina, e hizo una profunda reverencia.

Aglaiá, con la barbilla apoyada en la mano, se unió al canto con una voz fina y chillona. Arriba, sobre el techo, también resonaron unas voces confusas que amenazaban o anunciaban algo malo. En la segunda planta, después de un incendio que se había producido hacía mucho tiempo, no vivía nadie; las ventanas habían sido clavadas y el suelo, entre las vigas, estaba sembrado de botellas vacías. Ahora el viento zumbaba allí y parecía como si alguien corriese, tropezando en las vigas.

La mitad de la planta baja estaba destinada a taberna; la otra mitad la ocupaba la familia de los Teréjov; así que, cuando en la taberna alborotaban los viajeros borrachos, en las habitaciones se oía hasta la última palabra. Matvei ocupaba una habitación junto a la cocina; en ella había un gran horno en el

cual en otros tiempos, cuando aquello era posada, cocían pan todos los días. En la misma habitación, detrás del horno, dormía Dashutka, que no tenía cuarto para ella sola. Todas las noches cantaban los grillos y se oía el ruido de los ratones.

Matvei encendió una vela y se puso a leer un libro que le había prestado el gendarme de la estación. Entre tanto, terminaron los rezos y todos se acostaron. También lo hizo Dashutka, que empezó a roncar acto seguido, aunque no tardó en despertarse y dijo, bostezando:

-No debías tener la vela encendida sin necesidad, tío Matvei.

-La vela es mía - replicó él-. La compré con mi dinero.

Dashutka dio unas cuantas vueltas y no tardó en dormirse de nuevo. Matvei siguió aún largo rato, pues no tenía sueño, y, al terminar la última página, sacó del baúl un lápiz y escribió en la primera: «Yo, Matvei Teréjov, he leído este libro y creo que es el mejor de los que he leído nunca, por lo cual expreso mi gratitud a Kuzmá Nikoláievich Zhúkov, suboficial de la gendarmería de la Dirección de Ferrocarriles, propietario de este inapreciable libro.»

U N A S E S I N A T O

Para él era un deber de cortesía hacer tales anotaciones en los libros que le prestaban.

II

El día de la Anunciación, cuando ya había salido el tren correo, Matvei tomaba té con limón en la cantina y hablaba animado.

Le escuchaban el cantinero y el gendarme Zhúkov.

-He de decirles -contaba Matvei - que desde muy chico me sentí atraído por la religión. A los doce años leía ya en la iglesia la Epístola, cosa que alegraba mucho a mis padres, y todos los veranos iba con mi difunta madre en peregrinación. Mientras los otros chicos cantaban o cogían cangrejos, yo solía quedarme con ella. Los mayores me alentaban, y a mí mismo me agradaba observar tan buena conducta. Y cuando mi madre me mandó a la fábrica, fuera de las horas de trabajo yo fui el tenor de nuestro coro, y para mí no había mayor placer. No

hace falta decir que no bebía ni fumaba y que me bañaba a menudo, y esta vida, como ya se sabe, no agrada al enemigo del género humano. El maldito quiso perderme y trató de oscurecer mi entendimiento, como ahora hace con mi primo. Lo primero de todo, hice voto de observar vigilia los lunes y no comer carne nunca. Con el tiempo empezaron a dominarme toda clase de fantasías. En la primera semana de la Cuaresma, hasta el sábado, según ordenaron los santos padres, no se puede comer caliente, aunque los que trabajan y los débiles pueden tomar hasta té; pero yo no probaba bocado hasta el domingo mismo, y luego, durante toda la Cuaresma, no me permitía la mantequilla, y los miércoles y los viernes guardaba ayuno absoluto. Lo mismo hacía en las vigiliass menores. En la cuaresma de San Pedro la gente de la fábrica solía tomar sopa de col con sollo, pero yo, procurando que no me vieran, rumiaba un trozo de pan seco.

»Cada cual tiene su fuerza, ya se sabe, pero yo hablo de mí: en los días de vigilia, el ayuno no me costaba ningún esfuerzo, y cuanto mayor era mi celo, mejor me sentía. Unicamente sentía apetito los primeros días de ayuno, luego me acostumbraba, cada vez me notaba mejor y al cabo de una semana

me encontraba perfectamente. Mis piernas estaban tan ligeras, que me parecía encontrare en una nube, y no en la tierra. Además, me imponía toda clase de obligaciones: me levantaba por la noche para hacer reverencias, arrastraba pesadas piedras de un lugar a otro, iba descalzo por la nieve y, claro es, usaba cilicio. Pero al cabo de algún tiempo, al ir a confesarme, se me ocurrió: Este sacerdote está casado, come carne y fuma. ¿Cómo puede confesarme? ¿Qué poder tiene para absolverme, si es más pecador que yo? Yo me privo hasta de la mantequilla y él puede que haya comido esturión. Acudí a otro sacerdote, y éste, como a propio intento, era gordo, llevaba sotana de seda, que hacía el mismo ruido que las faldas de una señora, y también olía a tabaco. Me fui a hacer mis ayunos a un monasterio, y allí mi corazón tampoco se sentía tranquilo; me parecía que los monjes no observaban las reglas. Después de esto no había ningún servicio religioso que me satisficiera: en un sitio la misa acababa demasiado pronto, en otro no habían cantado conforme es debido, en el tercero el sacristán era gangoso... En ocasiones, que el Señor perdone a este pecador, mi corazón se estremecía de ira en pleno templo. ¿Qué oración era aquella? Creía que la gente no se santiguaba ni escu-

chaba debidamente; a cualquier lugar que mirase, todo eran borrachos, glotones, fumadores, libertinos, jugadores. Yo era el único que vivía según los mandamientos. El maligno no dormía y, conforme el tiempo pasaba, aquello iba en aumento. Dejé de cantar en el coro e ir a la iglesia. Me creía un hombre justo y la iglesia, viendo su imperfección, no me agradaba; es decir, como el ángel caído, me ensoberbecí hasta lo increíble.

»Después de ésto quise tener una iglesia para mí solo. Alquilé a una mujer sorda un pequeño cuarto muy a las afueras, cerca del cementerio, y la convertí en un oratorio por el estilo del de mi primo, aunque en el mío había candelabros y un incensario de veras. En este oratorio me atenia a las reglas del santo monte Athos; es decir, cada día los maitines empezaban siempre a medianoche, y en las fiestas más solemnes la misa duraba diez y hasta doce horas. Después de todo, los frailes, según las reglas, permanecen sentados durante la lectura del Evangelio, pero yo, para hacerme más agradable a Dios, solía leerlo de rodillas. Leía y cantaba durante largo rato, con lágrimas en los ojos y suspirando, alzando los brazos, y nada más terminada la oración, sin dormir, me iba a la fábrica, y durante el trabajo no cesaba de

orar. En fin, que por la ciudad empezó a correr el rumor: Matvei es un santo, Matvei cura a los enfermos y a los locos. Claro que no había curado a nadie, pero, ya se sabe, en cuanto aparece un cisma o una falsa doctrina, las mujeres no le dejan a uno. Acuden como las moscas a la miel. Empezaron a acosarme casadas y solteronas de toda clase; me hacían reverencias, me besaban las manos y afirmaban que yo era un santo. Una llegó a verme con la cabeza aureolada por un nimbo. El oratorio se había hecho pequeño, por lo que alquilé un cuarto más espacioso, y aquello se convirtió en una verdadera torre de Babel. El diablo se apoderó de mí definitivamente y tapó la luz de mis ojos con sus repugnantes pezuñas. Todos parecíamos posesos. Yo leía y las casadas y solteronas cantaban, y así, sin comer ni beber, permanecíamos de pie días enteros. De pronto ellas empezaban a estremecerse como si tuviesen calentura, y luego se ponía a gritar una, y otra, ¡Aquello daba miedo! También yo me estremecía como un judío en la caldera. Yo mismo no sé la causa, pero mis piernas empezaban a saltar. Era algo portentoso: no quería, pero saltaba y agitaba los brazos. Después de esto empezaban los gritos y chillidos, bailábamos todos y nos perseguíamos

hasta que caíamos rendidos. Así, en un momento de absurda locura, caí en el pecado de la lujuria.

El gendarme soltó la risa, pero, al advertir que nadie le acompañaba, se puso serio y dijo:

-Eso es molokanismo. He leído que en el Cáucaso lo practican todos.

-Pero no me mató un rayo - prosiguió Matvei, haciendo la señal de la cruz ante la imagen y bisbi-sando una oración- Seguramente intercedió por mí en el otro mundo mi difunta madre. Cuando en la ciudad me tenían ya por santo y hasta señoras y señores venían a mí secretamente en busca de consuelo, yo fui a despedirme de nuestro amo, Osip Varlámich. Era el día del perdón. El cerró la puerta con cerrojo y nos quedamos los dos solos cara a cara. Empezó a leerme la cartilla. Debo decirles que Osip Varlámich era un hombre sin estudios, pero de muchas luces; todos le respetaban y temían, porque era severo y trabajador, y observaba una conducta ejemplar. Fue durante veinte años alcalde e hizo mucho bien: empedró la calle Novo-Moskóvskaia e hizo pintar la catedral y las columnas, éstas de color de malaquita. Pues bien, cerró la puerta y empezó: «Ya hace tiempo que quería hablar contigo, hijo de tal y de cual... ¿Te crees santo? Nada de eso, eres un

apóstata, un malvado hereje...» Y así siguió... No me siento capaz de explicar lo bien que habló, con qué talento, como si estuviese escrito, hasta que llegó a conmoverme. Estuvo hablando dos horas. Sus palabras me entraron en el corazón, me abrieron los ojos. Acabé por romper en sollozos. «Sé - me dijo - una persona como todas las demás: come, bebe, vístete y reza como el resto de la gente; todo lo demás viene del diablo. Tu cilicio es cosa del demonio, lo mismo que tus ayunos y tu oratorio. Todo eso proviene de tu soberbia.»

»Al día siguiente, que era primer lunes de cuaresma, Dios dispuso que cayera enfermo. Se me produjo una hernia al levantar un peso y me llevaron al hospital. Experimenté grandes tormentos y lloré amargamente, sin cesar de temblar. Pensaba que del hospital iba a ir al infierno, pues en verdad estuve para morir. Padecí en el lecho del dolor medio año y, al darme de alta, lo primero de todo me desquité de los ayunos y de nuevo me sentí persona. Al despedirme de él, Osip Varlámich insistió: «Recuerda, Matvei, que todo lo que se sale de lo corriente viene del diablo.» Y ahora como, bebo y rezo como todos... Si, por ejemplo, el pope huele a tabaco o a vodka, no oso censurarlo, porque también él

es un hombre como cualquier otro. En cuanto se dice que en la ciudad o en una aldea ha aparecido un santo que se pasa las semanas sin comer e implanta sus reglas, comprendo de quién es obra todo eso. Esta es, señores, la historia de mi vida. Ahora yo, como hizo Osip Varlámich, trato de convencer a mis primos, pero mi voz clama en el desierto. No me concedió Dios ese don.

El relato de Matvei no pareció producir impresión alguna. Serguei Nikanórich no dijo nada y se dedicó a retirar los bocadillos del mostrador. El gendarme se refirió a lo rico que era Yákov Ivánich, el primo de Matvei.

-Por lo menos tendrá treinta mil rublos - dijo.

El gendarme Zhúkov, pelirrojo, carirredondo - al andar le temblaban las mejillas -, robusto y bien nutrido, cuando no estaba en presencia de sus superiores, solía retreparse en el asiento, pierna sobre pierna, y, al hablar, se balanceaba y silbaba descuidadamente, mientras que su cara expresaba la satisfacción del que acaba de despachar una buena comida. Tenía algún dinerillo y siempre hablaba de este tema como gran conocedor de la materia. Se dedicaba al corretaje y cualquiera que quisiese ven-

der una finca, un caballo o un coche usado recurría a él.

-Sí, seguramente guardará sus treinta mil rubios - coincidió Serguei Nikanórich-. Su abuelo de usted tenía una fortuna enorme - dijo, volviéndose hacia Matvei-. ¡Enorme! Todo pasó a su padre y a su tío. Su padre murió joven, su tío se hizo con todo y luego, se entiende, fue a parar a Yákov Ivánich, Mientras usted iba con su madre en peregrinación y cantaba en la fábrica, aquí no estaban con los brazos cruzados.

-A usted le corresponden quince mil - dijo el gendarme, balanceándose-. La taberna es de los dos, por lo que el capital también debe serlo. Sí, En su lugar, yo lo habría llevado a los tribunales. Eso se entiende. Y luego, mientras las cosas se ponían en claro, a solas, le habría dado una buena somanta...

A Yákov Ivánich no le querían, porque cuando alguien profesa unas creencias que se salen de lo común, esto desagrada hasta a quienes son indiferentes en materia religiosa. Además de esto, el gendarme le tenía ojeriza porque también se dedicaba a la venta de caballos y coches usados.

-Si no quiere ponerle pleito a su primo, es porque usted mismo tiene bastante dinero - dijo el can-

tinero a Matvei, con una mirada de envidia-. El que cuenta con recursos se siente satisfecho, pero yo, por ejemplo, creo que reventaré sin haber salido de esta miseria.

Matvei trató de convencerle de que no tenía ningún dinero, pero Serguei Nikanórich ya no le escuchaba; habían afluido en él los recuerdos del pasado y de las ofensas que debía sufrir a diario. Su calva se cubrió de sudor, enrojeció y empezó a parpadear.

-¡Maldita vida! -dijo, y arrojó furioso el embutido al suelo.

III

Se contaba que la posada fue construida en tiempos de Alejandro por una viuda que se había instalado allí con un hijo. Se llamaba Avdotia Teréjova. A quienes pasaban en coche de posta, sobre todo en las noches de luna, el sombrío patio, con el cobertizo y el portón siempre cerrado, les infundía un sentimiento de angustia y vaga inquietud, como si allí viviesen brujos o bandidos. Y siempre, al pasar de largo, el cochero volvía la cabeza y arreaba los caballos. Los viajeros se quedaban de mala gana, porque los dueños siempre se mostraban muy adustos y cobraban muy caro. El patio estaba embarrado hasta en verano. Entre el fango se revolcaban unos enormes cerdos y andaban sueltos los caballos con los que traficaban los Teréjov. A veces los caballos, deseosos de libertad, se escapaban del patio y

emprendían una furiosa carrera por el camino, asustando a quienes por allí pasaban. Entonces aquello estaba muy animado, pasaban largas caravanas de mercancías y se producían casos como el ocurrido treinta años antes, cuando los carreteros, enfurecidos, mataron en una reyerta a un comerciante que iba de paso: todavía se levantaba a media versta de la casa la cruz de madera, medio podrida. Pasaban coches de posta con sus campanillas y pesadas carrozas señoriales. Entre mugidos y nubes de polvo, cruzaban también rebaños de vacas y toros.

Cuando construyeron el ferrocarril, aquello era un simple apeadero, que luego, diez años más tarde, se convirtió en la actual estación de Progénnaia. El movimiento por el viejo camino de postas cesó casi por completo: por él sólo circulaban los propietarios y mujiks de la comarca, y en la primavera y el otoño, cuadrillas de trabajadores. La posada se convirtió en taberna. El piso alto se quemó, la techumbre adquirió un color amarillento, al oxidarse la chapa, y el cobertizo se fue viniendo abajo, pero en el patio seguían revolcándose entre el fango los enormes cerdos, rosáceos y repugnantes. Como antes, a veces se escapaba un caballo que, con la cola recogida, galopaba furiosamente por el camino.

En la taberna vendían té, heno, avena, harina y también vodka y cerveza, para consumir en el mostrador o para llevarse. Las bebidas alcohólicas las vendían bajo cuerda, puesto que nunca sacaban la necesaria licencia.

Los Teréjov fueron siempre muy religiosos, hasta el punto que la gente los llamaba «los Beatos». Pero, acaso porque vivían aislados, como osos, rehuían a la gente y a todo llegaban con su propia cabeza, se mostraban propensos a la fantasía y a las fluctuaciones en materia religiosa, y cada generación creía a su manera. La abuela Avdotia, la que construyó la posada, pertenecía al rito viejo, pero su hijo y sus dos nietos (los padres de Matvei y Yákov) iban a la iglesia ortodoxa, recibían en su casa al clero y rezaban ante las imágenes nuevas con la misma devoción que ante las antiguas. El hijo, al llegar a la vejez, dejó de comer carne e hizo voto de silencio, viendo en cualquier conversación un pecado. Los nietos presentaron la particularidad de que entendían las Escrituras a su manera, no como todos, sino buscando en ellas un sentido oculto, afirmando que cada palabra sagrada debía contener un secreto. Matvei, el bisnieto de Avdotia, luchó desde la misma infancia con visiones que estuvieron a punto de

costarle la vida. El otro bisnieto, Yákov Ivánich, era ortodoxo, pero después de la muerte de su mujer dejó de ir a la iglesia y hacía los rezos en casa. Esto contagió a su hermana Aglaia, que ni acudía a la iglesia ni dejaba ir a Dashutka. De Aglaia se contaba también que en su juventud solía ir a Vedeniápino, donde había una secta de flagelantes, y que en secreto seguía perteneciendo a ella, razón por la cual usaba pañuelo blanco.

Yákov Ivánich le llevaba a Matvei diez años. Era un viejo de muy buena planta, alto, de barba ancha y gris que casi le llegaba a la cintura y espesas cejas que le daban una expresión severa y hasta perversa. Usaba un largo chaquetón de buen paño o una pelliza negra y siempre trataba de ir bien vestido, cuidando la limpieza de la ropa; los chanclos no se los quitaba ni cuando el suelo estaba seco. No frecuentaba la iglesia porque, según él, allí no se cumplía el rito al pie de la letra y porque los sacerdotes bebían vino fuera de la misa y fumaban. El y Aglaia leían las Escrituras y cantaban los salmos en casa todos los días. En Vedeniápino no leían la Epístola en los maitines, y las vísperas no se celebraban ni siquiera con ocasión de las grandes fiestas; él, en cambio, leía en casa cuanto correspondía

a cada día, sin saltarse una sola línea y sin prisas, y en el tiempo libre leía en voz alta las vidas de los santos. Se atenía fielmente a los preceptos en todos los aspectos de la vida; así, si un día de la Cuaresma estaba permitido beber vino «en recompensa del trabajo celoso», lo tomaba aunque no sintiese deseos de beber.

Recitaba sus oraciones, cantaba los salmos, incensaba la casa y observaba fielmente el ayuno, no para alcanzar favores de Dios, sino para observar el orden establecido. El hombre no puede vivir sin fe, y la fe debe adquirir una expresión justa, de año en año y de día en día, según cierto orden, de tal modo que cada mañana y cada tarde Dios sea invocado precisamente con las palabras y pensamientos que correspondan al día y a la hora. Hay que vivir y, por tanto, rezar tal y como es grato a Dios; por eso, cada día hay que recitar y cantar sólo lo que le es grato; es decir, lo que corresponde según el rito. Así, el primer capítulo de San Juan sólo había que leerlo el día de la Pascua, y desde la Pascua hasta la Ascensión no se podía cantar el «Dignísimo». Y así todo lo demás. La conciencia de este orden y su importancia proporcionaba a Yákov Ivánich profunda satisfacción durante sus oraciones. Cuando las cir-

cunstances le obligaban a alterar dicho orden, por ejemplo, cuando tenía que ir a la ciudad a hacer provisiones o al Banco, le atormentaba la conciencia y se sentía desgraciado.

Su primo Matvei, que había llegado inesperadamente de la fábrica y se había instalado en la taberna como en su propia casa, empezó a incumplir las reglas desde los primeros días. Se negaba a participar en los rezos conjuntos, comía y tomaba té a horas en que no se debía, se levantaba tarde y los miércoles y viernes tomaba té alegando que se sentía débil; casi cada día, durante los rezos, entraba en el oratorio gritando: «¡Date cuenta de lo que haces, primo! ¡Arrepiéntete, primo!» Estas palabras sacaban de quicio a Yákov Ivánich, y Aglaia, sin poderse contener, empezaba a injuriarle. O bien de noche, sigilosamente, Matvei entraba en el oratorio y decía a media voz: «Primo, tus oraciones no son gratas a Dios. Porque está dicho: Reconcíliate primero con tu hermano y ven entonces a ofrecer tus dones. Y tú das dinero a rédito y vendes vodka. ¡Arrepiéntete!»

En las palabras de Matvei, Yákov no veía más que el habitual pretexto de los hombres vacíos y negligentes que, si hablan de amor al prójimo o de reconciliarse con el hermano, no es más que para no

orar, no ayunar y no leer las Sagradas Escrituras, y que si hablan con desprecio del lucro y los réditos, es porque no les gusta trabajar. Porque ser pobre y no ahorrar nada es mucho más fácil que ser rico.

A pesar de todo, se sentía inquieto y ya no podía rezar como antes. Apenas entraba en el oratorio y abría el libro, le embargaba el temor de que su primo llegase a molestarle. Y, en efecto, Matvei no tardaba en presentarse para gritar con voz temblorosa: «¡Date cuenta de lo que haces, primo! ¡Arrepiéntete, primo!» La hermana empezaba sus injurias y Yákov, también fuera de sí, gritaba: «¡Vete de mi casa!», a lo que Matvei replicaba: «La casa es de todos.» Yákov reanudaba la lectura y el canto, pero ya no podía recobrar la calma y, sin él mismo advertirlo, se quedaba pensativo con el libro delante. Aunque consideraba una estupidez las palabras de su primo, últimamente empezaba también a recordar que al rico le es difícil entrar en el reino de los cielos, que tres años antes había comprado a muy bajo precio un caballo robado, que todavía en vida de su difunta mujer un borracho había muerto en la misma taberna a causa del vodka...

Por la noche dormía mal, con un sueño muy ligero, y oía que Matvei, que tampoco podía dormir,

no cesaba de suspirar, echando de menos su fábrica de azulejos. Y mientras daba vueltas en la cama recordaba el caballo robado, el borracho y las palabras del Evangelio acerca del camello.

Parecía como si volviesen las alucinaciones de otros tiempos. Y como a propio intento, a pesar de que estaban a fines de marzo, nevaba todos los días y el viento zumbaba en el bosque cual si fuese invierno; parecía como si la primavera no fuese a llegar nunca. El tiempo predisponía al tedio, a las peleas, al odio, y por la noche, cuando el viento zumbaba sobre el techo, le parecía que alguien vivía allí arriba, en el piso vacío, y las visiones empezaban poco a poco a acudir a él, la cabeza le ardía y no podía conciliar el sueño.

IV

El lunes santo, por la mañana, Matveí oyó desde su habitación que Dashutka decía a Aglaia:

-El tío Matvei aseguró ayer que no hay que guardar el ayuno.

Marvei recordó toda la conversación de la víspera con Dashutka y se sintió irritado.

-¡No mientas, muchacha! -dijo con voz plañidera, como la de un enfermo-. No es posible vivir sin ayunar. El mismo Señor ayunó cuarenta días. Lo único que te dije es que las personas enfermas no deben hacerlo.

Haz caso de lo que te dice la gente de la fábrica; ellos te enseñarán lo que debe hacerse -dijo en tono de burla Aglaia, que estaba fregando el suelo (los días de labor solía hacer esta faena, que la ponía irritada con todos)-. Ya se sabe cómo ayunan en la

fábrica. Tú pregúntale a tu tío por la víbora, cómo los dos juntos tomaban leche en los días de ayuno. Trata de instruir a los otros y él mismo ha olvidado lo de la víbora. Pregúntale a quién dejó su dinero.

Matvei ocultaba de todos cuidadosamente, como una úlcera repugnante, que en aquel período de su vida en que viejas y mozas acudían al oratorio para saltar y correr con él, se puso en relaciones con una mujer, de la que había tenido un hijo. Al volver a casa le entregó cuanto había ahorrado en la fábrica; para los gastos del viaje tuvo que pedir prestado al dueño, y ahora no le quedaban más que unos rublos, que reservaba para té y velas. La mujer en cuestión le comunicó más tarde que el niño había muerto y preguntaba en la carta qué hacer con el dinero. La carta en cuestión la había traído de la estación un obrero; Aglaia se había hecho con ella y la había leído, y luego, cada día, se lo echaba en cara a Matvei.

-No es broma: ¡novecientos rublos! - siguió Aglaia-. ¡Ahí es nada, dar novecientos rublos a una víbora, a una perdida de la fábrica! ¡Ojalá revientes! -Había perdido ya la compostura y gritaba con voz chillona- -¿Te callas? ¡Te haría pedazos, inútil! ¡Dar novecientos rublos como si fueran un kópek! Se los

podías haber dejado a Dashutka, que es cosa tuya, y no a una extraña; o podías haberlos mandado a Bélev, para los infelices huérfanos de María. ¡Por qué no reventó tu víbora, sea mil veces maldita la condenada! ¡Ojalá no tenga un día bueno en su vida!

Yákov Ivánich la llamó: era el momento de rezar las horas. Ella se lavó, se puso el pañuelo blanco y acudió al oratorio a reunirse con su amado hermano, ya llena de recogimiento. Cuando hablaba con Matvei o servía en la posada el té a los hombres, era una vieja flaca, siempre alerta y malhumorada, pero en el oratorio su cara adquiría una expresión pura y devota, parecía rejuvenecer, se sentaba reposadamente y hasta juntaba los labios en un gesto humilde.

Yákov Ivánich empezó a leer el libro de horas con la voz tranquila y melancólica que siempre reservaba para la Cuaresma. Al poco rato se detuvo para prestar atención al silencio reinante en toda la casa. Reanudó la lectura con un sentimiento de satisfacción. Tenía las manos juntas en actitud devota, con los ojos muy abiertos, meneaba la cabeza y lanzaba un suspiro tras otro. Pero en esto se oyeron unas voces. El gendarme y Serguei Nikanórich habían llegado a visitar a Matvei. Yákov Ivánich no se

atreví a leer o cantar cuando en casa había gente extraña, y ahora, al oír las voces, prosiguió la lectura en un susurro y lentamente. En el oratorio se oyó decir al cantinero:

-El tártaro de Schepovo traspasa su negocio por mil quinientos rublos. Puedo darle quinientos al contado y firmarle un pagaré por el resto. Verá, Matvei Vasilich; hágame el favor de prestarme esos quinientos rublos. Le daré el dos por ciento mensual.

-¿De dónde voy a sacar el dinero? -se asombró Matvei-. ¿De dónde voy a sacarlo?

-El dos por ciento mensual es para usted algo caído del cielo-. explicó el gendarme -. Y, si guarda su dinero en casa, se lo comerá la polilla sin provecho alguno.

Los visitantes se fueron y volvió el silencio. Pero apenas Yákov Ivánich había reanudado la lectura en voz alta y el canto, al otro lado de la puerta resonó una voz:

-Primo, necesito un caballo para ir a Vedeniápi-no.

Era Matvei. Yákov volvió a sentirse inquieto.

-¿Con cuál vas a ir? -preguntó el después de pensarlo-. El bayo se lo ha llevado un criado con un

cerdo, y el potro lo necesitaré yo para ir a Shutéiki-no en cuanto termine.

-Primo, ¿por qué tú puedes disponer de los caballos y yo no? preguntó Matvei, irritado.

-Porque yo voy a un asunto del negocio, y no a darme un paseo.

-Los bienes son de los dos; quiere decirse que los caballos también lo son. Deberías comprenderlo, hermano.

Sobrevino un silencio. Yákov, sin reanudar sus oraciones, esperaba a que Matvei se alejase.

-Primo - insistió Matvei -, yo soy un hombre enfermo y no quiero la hacienda. Que se vaya con Dios, dispón tú de ella. Pero dame siquiera una pequeña parte para que pueda sustentarme en mi enfermedad. Dámela y me iré.

Yákov guardó silencio. Tenía muchos deseos de deshacerse de Matvei, pero no podía darle dinero porque lo tenía todo invertido. Además, en el linaje de los Teréjov no existía un ejemplo de que los bienes se hubieran repartido. Repartirlos significaba arruinarse.

Yákov callaba, esperando que Matvei se fuera y sin cesar de mirar a su hermana, temeroso de que ésta se mezclase en el asunto y volviesen los insultos

de la mañana. Cuando, por fin, Matvei se retiró, reanudó la lectura, pero ya sin placer alguno; las genuflexiones le producían dolor de cabeza y los ojos se le nublaban; le causaba tedio su voz apagada y tristonera. Cuando tal estado de depresión se producía en él de noche, lo atribuía a la falta de sueño, pero cuando le acometía de día, esto le asustaba, y entonces empezaba a figurarse que los demonios se le habían subido a la cabeza y a los hombros.

Terminado que hubo mal que bien las horas, descontento e irritado, se fue a Shutéikino. El otoño último unos obreros habían estado abriendo una zanja cerca de Progónnaia y habían hecho en la taberna un gasto de dieciocho rublos; ahora necesitaba encontrar en Shutéikino al contratista para cobrar este dinero. El deshielo y la nevasca habían estropeado el camino, que estaba oscuro y lleno de baches; en algunos sitios parecía a punto de hundirse. A los lados, la nieve estaba por debajo del nivel del camino, así que tenía que ir como por la parte alta de un estrecho terraplén, y resultaba muy difícil hacerse a un lado cuando alguien venía en dirección contraria. El cielo estaba ceñudo desde por la mañana y soplaba un viento húmedo... Un largo convoy vino a su encuentro: eran unas mujeres que

llevaban ladrillos. Yákov tuvo que apartarse del camino, su caballo se hundió en la nieve hasta el vientre, el trineo se inclinó hacia la derecha y él, para no caer, tuvo que hacerlo hacia la izquierda, y así permaneció mientras el convoy desafilaba lentamente. Entre los silbidos del viento, oyó los chirridos de los trineos y el resoplar de los escuálidos caballos. Las mujeres se decían: «Es el Beato», y una de ellas, mirando con lástima su caballo, dijo con voz rápida:

-Parece que va a haber nieve hasta San Jorge.
¡Qué tormento!

Yákov se sentía incómodo, hecho un ovillo y con los ojos medio cerrados a causa del viento. Ante él pasaban ya los caballos, ya los rojos ladrillos. Y, acaso porque permanecía en una Posición incómoda y le dolía el costado, se sintió irritado, le pareció que su asunto no era tan importante y pensó que podía haber mandado a Shutéikino a un criado cualquier otro día. De nuevo, como en la noche de insomnio anterior, recordó lo del camello y a continuación empezó a pensar en lo del mujik que le había vendido un caballo robado, en lo del borracho, en las mujeres que le traían los samovares en prenda. Ciertamente, cualquier mercader trata de sacar la ga-

nancia máxima, pero Yákov sintió una sensación de agobio al pensar que había querido ir más allá de lo generalmente admitido, y le molestó pensar que aquel día todavía tenía que leer las vísperas. El viento le soplaba a la cara y producía un zumbido en el cuello del abrigo, como si le susurrara estas mismas ideas, que traía del ancho campo blanco... Al mirar este campo, familiar desde su niñez, Yákov recordó que esa misma inquietud y esas mismas ideas le habían asaltado en sus años jóvenes, cuando tenía visiones y su fe vacilaba.

Sintió miedo de quedarse solo en el campo. Dio la vuelta y siguió lentamente el convoy, mientras las mujeres reían y comentaban:

-El Beato vuelve.

En casa, con ocasión de la Cuaresma, no habían guisado ni encendido el samovar, por lo que el día pareció larguísimo. Yákov Ivánich hacía ya mucho rato que había desenganchado el caballo, había mandado harina a la estación y en dos ocasiones se había puesto a leer el Salterio, pero todavía quedaba mucho tiempo por delante. Aglaia había fregado todos los suelos y, sin nada que hacer, se dedicó a ordenar su baúl, cuya tapa estaba toda ella adornada por dentro con etiquetas de botellas. Matvei, ham-

briento y triste, leía o se acercaba a la estufa holandesa para contemplar los azulejos, que le recordaban la fábrica. Dashutka dormía; luego, al despertarse, se fue a dar de beber a los animales. Cuando sacaba agua del pozo, se rompió la cuerda y el cubo cayó al agua. Un criado empezó a buscar un bichero para sacarlo. Dashutka, descalza y con los pies rojos como las patas de un ganso, le siguió por la sucia nieve, sin cesar de repetir que el pozo era más hondo de lo que podía alcanzar el bichero; pero el criado no parecía entenderla y, cansado al parecer, se volvió llenándola de improperios. Yákov Ivánich, que en este momento salía al patio, oyó que Dashutka le contestaba con una granizada de soeces insultos que sólo había podido oír a los borrachos en la taberna.

-¿Qué dices, desvergonzada? -gritó, horrorizado-. ¿Qué palabras son ésas?

Ella miró a su padre perpleja, con cara de estúpida, sin comprender por qué no se podían decir semejantes palabras. Yákov Ivánich quiso darle una lección, pero la chica le pareció tan salvaje e ignorante, que por primera vez se dio cuenta de que no tenía fe alguna. Y toda aquella vida en el bosque, entre la nieve, entre borrachos y blasfemias, le pare-

ció tan ignorante y salvaje como la misma moza. Así que, en vez de reprenderla, hizo un gesto de desaliento y se metió en su habitación.

El gendarme y Serguei Nikanórich habían vuelto para hablar con Matvei. Yákov Ivánich recordó que tampoco estas gentes tenían fe alguna y que esto no les preocupaba en absoluto, y la vida le pareció extraña, insensata y oscura como la de un perro. Sin preocuparse de ponerse el gorro, dio una vuelta por el patio; luego salió al camino y echó a andar con los puños apretados. Empezó a nevar, el viento removía su barba y él no cesaba de sacudir la cabeza, sintiendo que algo le oprimía el cráneo y los hombros como si los diablos se le hubiesen subido encima. Se le figuró que no era él quien caminaba, sino una fiera, una fiera enorme y terrible, y que si lanzaba un grito, su voz se extendería como un rugido por todo el campo y el bosque, asustando a todos.

V

Al volver a casa, el gendarme se había marchado. El cantinero, sentado en el cuarto de Matvei, estaba haciendo unas cuentas. Acudía casi a diario; antes iba a visitar a Yákov Ivánich, pero últimamente era Marvei quien le atraía. Hacía sus cuentas con ayuda del ábaco, sudoroso y reconcentrado, o pedía dinero, o bien, acariciándose las patillas, refería cómo, en cierta ocasión, estando en una estación de primera categoría, había preparado un ponche para unos oficiales y cómo en las comidas de gala servía él mismo la sopa de esturión. Lo único que le interesaba eran las cantinas, y sólo sabía hablar de distintos platos, de servicios y de vinos. Cierta vez, al ofrecer un vaso de té a una joven señora que estaba dando el pecho a su hijo, le dijo, con el deseo de complacerla:

-El pecho de la madre es la cantina del niño.

Mientras hacía sus cuentas en la habitación de Matvei, le pedía dinero, afirmaba que en Progónnaia le era imposible la vida y repitió varias veces en un tono que parecía que iba a romper a llorar:

-¿Adónde puedo ir? ¿Adónde puedo ir, dígame?

Luego Matvei entró en la cocina y se puso a pelar unas patatas cocidas que, probablemente, tenía guardadas desde la víspera. Todo estaba silencioso y Yákov Ivánich creyó que el cantinero se había ido. Ya tenía que haber empezado a rezar las vísperas. Llamó a Aglaia y, pensando que en la casa no había nadie, empezó a cantar en voz alta, sin reparo alguno. Cantaba y recitaba las oraciones, pero mentalmente pronunciaba otras palabras: «¡Perdóname, Señor! ¡Sálvame, Señor!», y, con una invocación tras otra, no cesaba de hacer grandes genuflexiones, como si quisiera fatigarse. No cesaba de sacudir la cabeza, tanto, que Aglaia le miraba asombrada. Yákov temía que entrase Matvei, estaba seguro de que éste lo haría y sentía contra él un rencor que no podían vencer ni los rezos ni las genuflexiones.

Matvei abrió suavemente la puerta y entró en el oratorio.

-¡Qué pecado, qué pecado! -dijo en tono de reproche, y dejó escapar un suspiro-. ¡Arrepiéntete! ¡Date cuenta de lo que haces, primo!

Yákov Ivánich, con los puños apretados y sin mirarle, para no darle un golpe, salió rápidamente del oratorio. Lo mismo que antes en el camino, sintiéndose una fiera enorme y terrible, cruzó el zaguán para entrar en el cuarto gris, sucio y lleno de humo, en el que los mujiks solían tomar el té. Allí, durante largo rato, caminó de un rincón a otro pisando tan fuerte, que la vajilla tambaleaba en los aparadores y las mesas se tambaleaban. Tenía ya la clara noción de que su fe no le satisfacía y no podía orar como antes. Debía arrepentirse, entrar en razón, vivir y orar de otro modo. Pero ¿cómo hacerlo? ¿Y si todo esto era obra del demonio y no hacía falta cambiar nada? ... ¿Qué camino seguir? ¿Qué hacer? ¿Quién podría aconsejarle? ¡Qué sensación de impotencia! Se detuvo y, con la cabeza entre las manos, trató de pensar, pero el hecho de que Matvei se encontrase allí cerca le impedía recapacitar tranquilo. Se dirigió rápidamente a las habitaciones.

Matvei permanecía sentado en la cocina ante una escudilla con patatas que estaba comiendo. Junto a la estufa, una frente a otra, Aglaia y Dashu-

tka devanaban una madeja. Entre la estufa y la mesa ante la que Matvei se encontraba, habían puesto una tabla de planchar sobre la que había una plancha fría.

-Prima - suplicó Matvei -, dame un poco de mantequilla.

-¿Quién come mantequilla en un día como hoy?
- preguntó Aglaia.

-Yo, prima; no soy fraile, sino un simple feligrés. Y, considerando mi débil salud, no sólo me está permitida la mantequilla, sino también la leche.

-Sí, en la fábrica se permite todo.

Aglaia tomó del estante una botella de aceite y la colocó ante Matvei, dando un golpe en la mesa y sonriendo rencorosa, al parecer satisfecha de que fuese tan gran pecador.

-¡Pues ya te digo que no puedes probar comidas grasas! -gritó Yákov.

Aglaia y Dashutka se estremecieron. Matvei, haciéndose el sordo, se echó aceite en la escudilla y siguió comiendo.

-¡Te digo que no puedes probar comidas grasas!
-repitió Yákov en voz más alta todavía, congestionado, y de pronto agarró la escudilla, la levantó sobre su cabeza y la arrojó violentamente contra el

suelo-. ¡Ni una palabra! - vociferó frenético, aunque Matvei no había abierto la boca-. ¡No digas ni una sola palabra! - repitió, descargando un puñetazo sobre la mesa.

Matvei se levantó pálido.

-Primo - dijo, sin cesar de masticar -, primo, date cuenta de lo que haces.

¡Fuera de mi casa ahora mismo! -gritó Yákov; le repugnaban la cara arrugada de Marvei, su voz, las migajas que se le habían quedado en el bigote, el simple hecho de verle masticar-. ¡Fuera de aquí!

-¡Cálmate, hermano! ¡Te has dejado dominar por la soberbia de Satanás!

-¡Cállate! -Yákov dio una patada en el suelo Vete de aquí, demonio!

-Si quieres saberlo - prosiguió Marvei en voz alta, pues también empezaba a enfadarse-, eres un apóstata y un hereje. Los diablos malditos te impiden ver la verdadera luz; tus oraciones no son gratas a Dios. ¡Arrepiéntete antes de que sea tarde! ¡El que muere en pecado no tiene salvación! ¡Arrepiéntete, primo!

Yákov lo agarró de los hombros y lo arrastró fuera de la mesa. Matvei, más pálido todavía, temeroso y desconcertado, balbuceó: «¿Qué haces? ¿Qué

es esto?», y resistiendo, esforzándose en desasirse de Yákov, sin darse cuenta, le agarró de la camisa y le desgarró el cuello. Aglaia, creyendo que quería matar a Yákov, lanzó un grito, cogió la botella del aceite y la descargó con todas sus fuerzas sobre la sien de su odiado primo. Matvei se tambaleó y su rostro adquirió al instante una expresión de tranquilidad e indiferencia. Yákov, jadeante y excitado, satisfecho de que la botella hubiese producido, al tocar con la cabeza, una especie de graznido, como si fuese un ser vivo, lo sujetó para evitar que cayera, y varias veces (esto había de recordarlo muy bien) señaló a Aglaia la plancha con el dedo. Y sólo cuando la sangre corrió por sus manos y se oyó el sonoro llanto de Dashutka, cuando la tabla de planchar cayó con estrépito y sobre ella se derrumbó pesadamente Matvei, Yákov sintió que su ira se desvanecía y comprendió lo que acababa de suceder.

-¡Que reviente el garañón! -exclamó Aglaia con repugnancia, sin soltar la plancha. El pañuelo blanco, salpicado de sangre, se le había deslizado hasta los hombros y sus grises cabellos estaban revueltos. ¡Es lo que se merecía!

Era un cuadro terrible. Dashutka, sentada en el suelo junto a la estufa y con la madeja entre las ma-

nos, sollozaba y no cesaba de hacer inclinaciones, repitiendo a cada una de ellas: « ¡Ay, ay! » Pero nada producía a Yákov tanto horror como las patatas cocidas manchadas de sangre y que temía pisar. Había también algo espantoso, que le oprimía como una pesadilla y representaba un peligro mayor, aunque en un principio no podía comprender de qué se trataba: era el cantinero Serguei Nikanórich, que estaba en el umbral muy pálido y contemplando horrorizado lo que había sucedido en la cocina. Sólo cuando volvió la espalda y salió rápidamente al zaguán, y de allí al patio, comprendió Yákov de quién se trataba y siguió tras él.

Mientras se limpiaba las manos con nieve, sin detenerse, pensaba. Se acordó de que el criado había pedido permiso para pasar la noche en su casa, en la aldea, y se había ido hacia un buen rato; la víspera habían matado un cerdo y grandes manchas rojizas cubrían la nieve, el trinco y hasta un lado del brocal de troncos, así que no podía despertar sospechas el que toda la familia de Yákov estuviese manchada de sangre. Era espantoso ocultar la muerte, pero aún le resultaba más espantosa la perspectiva de que de la estación acudirla el gendarme, quien silbaría y sonreiría burlonamente; acudirían otros y maniatarían a

Aglaia y a él, llevándolos en son de triunfo a la cabeza del distrito, y de allí a la ciudad, y por el camino todos los señalarían con el dedo y dirían jovialmente : «¡Ahí llevan a los Beatos!» Hacía falta dejar correr el tiempo de cualquier modo, no sufrir esta vergüenza ahora, sino más tarde.

-Le puedo prestar mil rublos... - dijo al alcanzar a Serguei Nikanórich -. Si usted lo dice, no ganará nada... y ya no es posible volverlo a la vida.

Apenas podía seguir al cantinero, que no volvía la cabeza y apretaba cada vez más el paso. Prosiguió:

-Puedo darle mil quinientos...

Se detuvo jadeante y Serguei Nikanórich siguió sin aflojar el paso, probablemente con el temor de que también le asesinaran a él. Sólo después de cruzar el paso a nivel y haber recorrido la mitad del camino de la estación, volvió por un momento la cabeza y aflojó el paso. En la estación y a lo largo de la vía brillaban ya las luces rojas y verdes. El viento se había calmado, aunque seguía nevando y el camino había quedado blanco de nuevo. Pero, ya casi en la estación, Serguei Nikanórich se detuvo, se quedó pensando unos instantes y volvió atrás con paso decidido.

-Deme los mil quinientos, Yákov Ivánich - dijo a media voz y temblando-. De acuerdo.

VI

Yákov Ivánich guardaba parte de su dinero en el Banco de la ciudad y el resto lo tenía invertido en hipotecas; en casa sólo guardaba lo indispensable para los pagos diarios. Al entrar en la cocina buscó a tientas la caja metálica de las cerillas y, mientras ardía con luz azulenca el azufre, pudo echar un vistazo a Matvei, que seguía tendido junto a la mesa, en el mismo lugar de antes, pero ya cubierto con una sábana de la que únicamente asomaban las botas. Cantaba el grillo. Aglaia y Dashutka no estaban en las habitaciones: ambas se encontraban tras el mostrador, devanando su madeja en silencio. Yákov Ivánich, alumbrándose con una palmatoria, pasó a su cuarto y sacó de debajo de la cama una arqueta en la que guardaba el dinero. Esta vez había cuatrocientos veintiún rublos en billetes pequeños y

treinta y cinco en monedas de plata; los billetes emanaban un olor intenso y desagradable. Metiéndolo todo en el gorro, Yákov Ivánich salió al patio y luego a la carretera. Miró a su alrededor, pero el cantinero no estaba.

-¡Eh! -gritó.

En el mismo aso a nivel se destacó de la barrera una silueta oscura que se le acercó con paso indeciso.

- ¿Qué hace usted de un sitio para otro? - dijo Yákov, irritado, al reconocer al cantinero- Aquí tiene: falta algo para los quinientos... No tenía más en casa.

-Está bien... Le quedo muy agradecido - balbuceó Serguei Nikanórich, cogiendo ávidamente el dinero y guardándoselo en los bolsillos.

No cesaba de temblar, lo que se advertía a pesar de la oscuridad reinante.

-Usted, Yákov Ivánich, puede quedar tranquilo... ¿Para qué voy a hablar? Estuve allí, pero me había ido. No sé nada de nada... - y añadió con un suspiro: -¡Maldita vida!

Permanecieron unos instantes en silencio, sin mirarse.

-Hay que ver lo que ha ocurrido por nada... -dijo el cantinero, temblando-. Estaba yo allí tan tranquilamente, haciendo mis cuentas, cuando se armó un alboroto... Me acerqué a la puerta y usted, por un poco de aceite... ¿Dónde está ahora?

-Sigue en la cocina.

-Deberían llevarlo a cualquier sitio... ¿Para qué esperar?

Yákov le acompañó en silencio hasta la estación, luego volvió a casa y enganchó el caballo para llevar a Matvei a Limárovo. Había pensado llevar el cadáver al bosque y dejarlo allí, en el camino. Después diría a todos que Matvei había ido a Vedeniá-pino y que no había vuelto; así pensarían que lo habían matado unos transeúntes. Sabía que con esto no engañaría a nadie, pero moverse, hacer algo, estar ocupado, no era tan doloroso como permanecer quieto y esperar. Llamó a Dashutka y entre los dos sacaron el cadáver de Matvei. Aglaia se quedó para fregar la cocina.

Cuando Yákov y Dashutka volvían, la barrera del paso a nivel estaba echada. Pasaba un largo tren de mercancías, arrastrado por dos locomotoras que respiraban pesadamente y arrojaban haces de chispas rojas. Al llegar al paso a nivel, entrando en la

estación, la máquina de cabeza dejó escapar un penetrante silbido. Silba... - articuló Dashutka.

El tren acabó de pasar y el guardabarrera, sin prisas, dejó el paso libre.

-¿Eres tú, Yákov Ivánich? - preguntó-. No te había conocido, señal de que voy a hacerme rico.

Luego, cuando llegaron a casa, había que dormir. Aglaia y Dashutka se acostaron juntas, en un colchón que habían tendido en el suelo de la tienda. Yákov se acomodó en el mostrador. No rezaron ni encendieron la lamparilla. Ninguno de los tres pudo conciliar el sueño hasta la madrugada, pero no pronunciaron ni una sola palabra. Les pareció que arriba, en el piso vacío, había alguien que no cesaba de ir y venir.

A los dos días llegaron de la ciudad el comisario de policía del distrito y el juez de instrucción, quienes empezaron por practicar un registro en la habitación de Matvei y, después, en toda la casa. Interrogaron en primer término a Yákov, quien manifestó que Matvei había ido el lunes, a la caída de la tarde, a Vedeniápino con el propósito de ayunar y que en el camino debían de haberle asesinado los aserradores que trabajaban en la línea. Cuando el juez de instrucción le preguntó por qué Matvei ha-

bía aparecido en el camino y su gorro estaba en casa, cuando no podía concebirse que hubiese ido a Vedeniápino descubierto, y por qué en la nieve del camino, junto al cadáver, no habían encontrado ni una sola gota de sangre, siendo así que tenía la cabeza destrozada y la cara y el pecho estaban negros de sangre, Yákov se turbó y contestó confuso:

-No sé qué decirle.

Sucedió precisamente lo que tanto temía Yákov: llegó el gendarme, un policía rural se puso a fumar en el oratorio y Aglaia se abalanzó sobre él, cubriéndole de insultos que hizo extensivos al comisario. Y cuando luego sacaron a Yákov y a Aglaia, en el portón se agolpaban los mujiks comentando: «¡Se llevan a los Beatos! », y parecía que todos estaban contentos.

El gendarme declaró abiertamente que Yákov y Aglaia habían matado a Matvei para no repartir los bienes, que este último tenía también su dinero; si no aparecía, era porque Yákov y Aglaia se habían apropiado de él. También interrogaron a Dashutka. Esta dijo que el tío Matvei y la tía Aglaia disputaban a diario y llegaban casi a las manos a causa del dinero; el tío era rico, porque hasta había llegado al punto de regalar novecientos rublos a su querida.

Dashutka quedó sola en la taberna. Nadie acudía a tomar té o vodka y ella se dedicaba a hacer la limpieza de las habitaciones, o bien se pasaba el tiempo comiendo miel y rosquillas. Pero a los pocos días interrogaron al guardabarreras y éste dijo que el lunes, ya tarde, había visto a Yákov y Dashutka que venían de Limárovo.

Dashutka fue también detenida y la condujeron a la cárcel de la ciudad. No tardó en saberse por Aglaia que Serguei Nikanórich había presenciado el hecho; registraron su casa y encontraron dinero en un lugar muy poco apropiado, dentro de una bota de fieltro escondida debajo del horno. Y todo eran billetes pequeños; de un rublo, había trescientos. El aseguraba que lo había reunido en su cantina y que hacía más de un año que no había estado en la taberna. Pero los testigos declararon que era pobre y que últimamente andaba muy falto de recursos. Además, iba a la taberna todos los días tratando de obtener un préstamo de Matvei; el gendarme dijo que el día de autos había acompañado dos veces al cantinero a la taberna para ayudarle a conseguir el préstamo. Recordaron también que el lunes por la tarde Serguei Nikanórich no estaba presente a la

llegada del mixto, sino que se había ausentado. También fue detenido y conducido a la ciudad.

Once meses después se celebraba el juicio.

Yákov Ivánich había envejecido mucho, estaba flaco y hablaba con voz apagada, como un enfermo. Se sentía débil y miserable, por debajo de todos, y parecía como si los remordimientos y las visiones, que no le habían abandonado en la cárcel, hubiesen hecho envejecer y adelgazar su alma lo mismo que su cuerpo. Cuando salió a cuento lo de que no iba a la iglesia, el presidente le preguntó:

-¿Es usted cismático?

-No lo sé - contestó él.

No tenía ya fe en nada, nada sabía ni comprendía. Sus creencias de tintes le parecían ahora repulsivas, insensatas, turbias. Aglaia no se conformaba con su suerte y seguía maldiciendo al difunto Matvei, a quien hacía culpable de todas las desdichas. A Serguei Nikanórich, que antes lucía patillas, le había crecido la barba; en la sala de la audiencia sudaba y enrojecía, avergonzándose al parecer de su bata gris de recluso y de que le hubieran hecho sentar en el mismo banquillo de una gente ordinaria. Se justificaba torpemente y, en sus deseos de demostrar que durante el último año no había estado en la taberna,

entraba en discusión con cada testigo y hacía reír al público. Dashutka había engordado durante su estancia en la cárcel; no comprendía las preguntas que se le hacían y se limitaba a decir que se había asustado mucho cuando mataron al tío Marvei, pero después se le pasó todo.

Los cuatro fueron declarados culpables de asesinato con fines de lucro. Yákov Ivánich fue condenado a veinte años de trabajos forzados; Aglaia, a trece años y seis meses; Serguei Nikanórich, a diez años, y Dashutka, a seis.

VII

A la caída de la tarde un barco extranjero ancló en la bahía de Due, en la isla de Sajalín, para carbonear. Pidieron al capitán que aguardase hasta la mañana siguiente, pero él no quiso esperar ni una hora, diciendo que, si por la noche se estropeaba el tiempo, corría el riesgo de marcharse sin carbón. En el estrecho de Tartaria el tiempo puede cambiar bruscamente en cosa de media hora, y entonces las costas de Sajalín resultan peligrosas. Y ya refrescaba y el oleaje era bastante fuerte.

Del penal de Voievodskaia, el más miserable y riguroso de todos los presidios de Sajalín, llevaron a las minas un grupo de presos. Había que cargar el carbón en las barcazas; éstas eran después remolcadas por una lancha de vapor hasta el barco, que se encontraba a más de media versta de la orilla, y allí

debía empezar el traslado de la carga: un trabajo torturador cuando la barcaza chocaba con el barco y la gente apenas podía mantenerse en pie a causa del mareo. Los presidiarios, a quienes habían hecho levantar de sus camastros, caminaban soñolientos por la orilla, tropezando en la oscuridad y haciendo sonar sus grilletes. A la izquierda apenas se veía el acantilado de la orilla, extraordinariamente sombrío, y a la derecha, entre una completa oscuridad, gemía el mar, emitiendo un prolongado y monótono «a... a... a...» Sólo cuando el guardián encendía la pipa, alumbrando unos instantes al soldado de la escolta, con su fusil, y a los dos o tres presidiarios más próximos, de groseras facciones, o cuando se acercaba con el farol al agua, se podían distinguir las blancas crestas de las primeras olas.

Entre los presidiarios se encontraba Yákov Ivá-nich, a quien en el penal habían dado el apodo de «Escoba», a causa de su larga barba. Nadie le llamaba ya por su nombre y patronímico, sino utilizando el diminutivo despectivo de Yashka. Estaba mal considerado, pues a los tres meses de su llegada al penal, movido por una irresistible nostalgia, sin cesar de pensar en su patria chica, cedió a la tentación y se escapó, pero lo capturaron en seguida, fue con-

denado a trabajos forzados a perpetuidad y le dieron cuarenta azotes. Los azotes se repitieron otras dos veces, al ser acusado de haber vendido su traje de presidiario, aunque en las dos ocasiones se lo habían robado. Su nostalgia empezó en el momento mismo en que, cuando el tren de los presidiarios lo llevaba a Odesa, se detuvo de noche en Progónnaia. Yákov, con la cara pegada a la ventanilla, trató de ver su casa, sin que su propósito pudiese verse cumplido a causa de la oscuridad.

No había nadie con quien hablar de su tierra. Su hermana Aglaia había sido conducida a presidio a través de Siberia y no sabía dónde se encontraba. Dashutka estaba en Sajalín, pero la habían entregado como concubina a un colono de un lugar muy alejado. No sabía nada de ella, aunque en una ocasión otro colono, que había ido a parar al penal de Voievódskaja, contó a Yákov que Dashutka tenía ya tres hijos. Serguei Nikanórich prestaba los oficios de criado de un funcionario cerca de allí, en Due, pero no era nada fácil que pudieran verse, pues el antiguo cantinero se avergonzaba de sus conocidos entre los presidiarios de baja extracción.

El grupo llegó a la mina y se situó junto al embarcadero. Se decía que no se podría efectuar la car-

ga porque el tiempo seguía estropeándose y el barco parecía dispuesto a zarpar. Se vetan tres luces. Una de ellas se movía: era la lancha de vapor, que se había acercado al barco y ahora, al parecer, volvía para comunicar si habría trabajo o no. Tiritando por el frío del otoño y la humedad del mar, envolviéndose en su corta y andrajosa pelliza, Yákov Ivánich miraba fijamente, sin pestañear, hacia el lado donde estaba su pueblo. Desde que convivía en un mismo presidio con gentes llegadas de distintos confines - rusos, ucranianos, tártaros, georgianos, chinos, fineses, gitanos, judíos- y desde que había empezado a prestar atención a sus conversaciones y había visto sus padecimientos, de nuevo empezó a elevar sus plegarias a Dios, y le pareció que, por fin, había encontrado la verdadera fe, aquella que tanto ansiaba y tanto había buscado, sin encontrarla, todo su linaje, a partir de la abuela Avdotia. Ya lo sabía todo y comprendía dónde está Dios y cómo había que servirle. Lo que no comprendía era por qué la suerte de la gente es tan distinta, por qué esta fe sencilla, que Dios concedía a unos graciosamente junto con la vida, le había costado a él tan cara, al precio de tantos horrores y penalidades que, a juzgar por todo, se prolongarían hasta su misma muerte. Esto le

hacía temblar los brazos y las piernas como si estuviera borracho. Miraba fijamente las tinieblas y le parecía ver, a través de miles de verstas de oscuridad, su tierra natal, su provincia, su distrito, Pro-gónnaia. Le parecía ver la ignorancia, el salvajismo, la insensibilidad y la torpe y bestial indiferencia de la gente que él había dejado allí. Las lágrimas le nublaban los ojos, pero él seguía mirando hacia la lejanía, donde apenas se distinguían las pálidas luces del barco, y el corazón se le oprimía dominado por la nostalgia. Deseaba vivir, volver a casa, hablar allí de su nueva fe, salvar de la perdición siquiera fuese a una persona y vivir sin sufrimientos siquiera fuese un día.

La lancha llegó y el guardián anunció en voz alta que no habría carga.

-¡Atrás! -mandó-. ¡Firmes!

Se pudo oír el ruido que se producía en el barco al levar anclas. Soplaban ya un viento fuerte y áspero. Arriba, en la abrupta orilla, crujían los árboles. Parecía empezar la tempestad.

FIN